



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

**Agora**  
DE PAPEL

**El Porvenir**  
**Cultural**

MONTERREY, N.L. DOMINGO 29 DE ENERO DE 2017

Olga de León / Carlos Alejandro

# La magia del sol y la lluvia

EL BESO DEL SOL  
CARLOS ALEJANDRO

Su semblante se había ido apagando temprano, en la niñez; pero al morir a los siete años, aún conservaba una ligera sonrisa de color naranja en sus mejillas. Su padre quería colocar el cuerpo tras un vitral. Lo envolvió en telas oaxaqueñas de distintos colores, cambió la tapa del ataúd de madera sólida por un cristal, y colocó el fétetro recostado sobre la pared más cercana al armario, en el cual metía el estuche cada que llegaban visitas a la casa.

Pasaron un par de años y el cuerpo seguía intacto, pero ahora con ambas mejillas del color rojo de las manzanas y con una sonrisa que comenzaba a dibujarse de lado a lado. Cualquiera diría que se dejaba entrever que los ojos —sin duda— se abrirían tarde o temprano. Un día el amoroso padre decidió sembrar un naranjo en el patio de su casa y, en algunas ocasiones, colocaba junto a él el estuche con la niña dentro. Jugosas frutas les brotaban a las ramas.

Las flores arrinconadas en el patio comenzaron a girar hacia el naranjo, y los rosales parecían enormes cintas de colores que iban acercándose hasta el cielo azul. El púrpura de las telas que vestían a la niña se abillantaron, y los párpados de ella comenzaron a abrirse. El color rojo de sus ropas ofrecía un olor a sandía que llegaba hasta el interior de la casa. Pájaros carpinteros comenzaron a juntarse cerca del naranjo, sin picarlo, y cantaron melodías de dos o tres notas.

Extasiado por las emociones que emanaban de su jardín, el padre de la niña lloraba por las noches, mientras el viento traía del estuche olores a cerezas, piñas y duraznos.

Fue semanas después, durante una mañana fresca, que el vitral cayó estrellándose contra el piso de tierra, y la niña, sonriente, comenzó a caminar, viva como los peces del río más cercano, como el vuelo de los pájaros carpinteros, como los rayos del sol que esa mañana inundaban el patio de la casa con una nueva y milagrosa respiración, la respiración del beso del sol.

BOLITAS MÁGICAS  
OLGA DE LEÓN

Ese día la calle lucía una opacidad especial, entre penumbra y sombras a lo largo y ancho de ella, como si se tratara de un techo a la medida. Sin embargo, esa era una característica a la que la gente acostumbrada a transitar por allí, ya se había acostumbrado. Para entonces, los inquilinos que habitaban esas casas, no eran los mismos que las compraron hacía más de cincuenta años; algunos quizás fueran sus hijos o nietos, y solo dos o tres dueños seguían fieles a sus propiedades —esas angostas construcciones verticales—, sea porque no pudieran comprar en otra parte, sea porque amaban su barrio.

Una de las primeras propietarias que continuaba viviendo en la planta baja de



la casa marcada con el número 137, doña Carmelita, amenazaba con vivir mucho más del centenario de años, pues ya había festejado su 109 aniversario y no padecía enfermedad alguna; solo de noche, no veía muy bien, y no aguantaba caminar más de diez o doce cuadras. Con ella estaba aún su primogénito, dos veces viudo y cuyos hijos ya casados vivían en otros países. Encarnación, quien seguro había heredado la longevidad de la madre o Chonito, como lo llamaban los vecinos, estaba a un par de meses de cumplir noventa y tres años, y seguía trabajando en la labor y cultivando con esmero sus uvas blancas y rojas, para luego destilar de ellas los mejores vinos de la región y de muchas leguas a la redonda.

La angosta calle o “callecjón de los geranios”, lucía alegre e iluminada por los múltiples colores de las flores que los habitantes de aquella singular vecindad tenían en cada balcón, ventana y banqueta de todas las casas, a ambos lados de la calle.

Eran edificios viejos, construidos con materiales de la región, pero bien cimentados, pues siendo tan angostos, de seis metros de ancho, eran de tres pisos. El primero tenía una banqueta bastante elevada respecto de la calle, diríase que esa primer planta estaba más de metro y medio arriba del adoquinado del callejón. El hecho de que así la hubiesen construido, tenía un motivo.

Por temporadas, en aquel fantástico lugar, solía llover intensamente, eran lluvias cíclicas que no se repetían sino cada cinco años; pero todos sabían los desastres que antes habían sufrido sus familias por no prevenir los efectos de tal fenómeno natural. Así que un día, para que la crecida del río que estaba justo en paralelo a su calle principal, la de los geranios, y la persistencia de las lluvias durante varios días no llevara el agua

hasta dentro del primer piso de sus casas, elevaron a lo largo del callejón todas las banquetas. Curiosamente las construcciones no parecían haber desmejorado con el tiempo, salvo por cierto color amarillento que se había ido acentuando en los muros y paredes externas, y que sus habitantes explicaban en razón de lo que el río dejaba en ellas al pasar por allí. Como así fue, veinte años atrás, antes de elevarse por encima de la calle.

Entonces, el callejón de los geranios fue protagonista de algo extraordinario, considerando que hasta entonces la vida en aquel pueblo había sido tranquila y rutinaria: nada pasaba que llamara la atención a propios ni extraños. Pero, un domingo de agosto, con todo el calor que por entonces hacía, llegó sin pronóstico alguno una tremenda tormenta acompañada de bolitas de hielo y fuertes vientos. Las construcciones a ambos lados del callejón resistieron el embate de la naturaleza: ninguna casa se derrumbó, pero la calle dejó de ser tal y se convirtió en algo más que un caudal de aguas.

Fue como si una fuerza extraña hubiese decidido cambiar sus límites y fronteras, y se determinara a permitir que el agua entrara por ahí, tocando con su humedad la vida y pertenencias de los inquilinos de la planta baja. El agua corrió dejando un legado de vida extendida más allá de todos los secretos que el cielo o algún ser mágico guardara en el fondo del río.

La altura de las banquetas no fue suficiente y el agua salpicada de bolitas de hielo se coló hasta los patios. Pero, lo extraordinario y milagroso sucedió, cuando el agua bañó los sembradíos de vegetales y frutas, tanto como los viñedos. Las uvas no se dieron más grandes, pero todo mundo comentó, después de que los trabajadores de la siembra de Encarnación llevaron los canastos cargados de uvas a la bodega, que la desti-

lación tenía un olor y sabor diferente, era como más intenso y sabroso, sin ser demasiado dulce.

El vino que en esa región se fabricó, fue consumido por los propios habitantes, y aún quedó suficiente para almacenar, por lo que durante más de diez años, el vino estuvo fabricado con las mismas uvas recolectadas tras aquella tormenta. La gente se volvió más amigable y casi nadie moría de ninguna enfermedad, aún más, no morían antes de llegar a los cien o casi cien años.

Las construcciones perduraron todo ese tiempo en perfectas condiciones, como si el tiempo no hiciera mella en sus materiales. Hubo quienes guardaron algunas de las bolitas de hielo en sus neveras, tratando de conservarlas, para que si nunca más volvían a aparecer, pudieran contarlas a sus nietos qué era el granizo —pues nadie antes de la tormenta lo había conocido—, no aquel que llegó con la tormenta y el desvío del río para bendecir sus casas y tierras.

Tuvieron que transcurrir otros diez años, para que los habitantes del pueblo empezaran a sospechar que las bolitas de granizo y el agua del río algo extraordinario trajo a sus vidas: ¡longevidad!, en quienes fueron mojados por el agua de la tormenta cargada de granizo. Y también tuvo efecto sobre casas, tierra, cultivos...

Siendo un pueblo de gente sencilla, pero muy observadora, comprendieron que algo semejante a la fuente de la eterna juventud los había tocado. Y tuvieron vinos para muchos años, quizás ese vino tenía magia. Las casas habían recogido metales preciosos que las aguas profundas del río dejaron pegados a los muros y banquetas de aquella aldea, por eso se habían puesto del color del oro con el paso de los años.

Dicen que doña Carmen cumplió ciento veinte años y el hijo, con más de cien, sigue cultivando uvas.



Margo Glantz

Considerada una de las máximas figuras de la cultura mexicana y latinoamericana, Margo Glantz nació en la Ciudad de México el 28 de enero 1930. Su padre, Jacobo Glantz, había conocido a su madre, Elizabeth Shapiro, en Odesa, Ucrania, donde se casaron y emigraron a México.

Fue directora General de Publicaciones y bibliotecas de la SEP (1982) y directora de Literatura en el INBA (1983-1986); agregada cultural con cargo de ministro en la Embajada de México en Londres (1986-88). Dirige, desde 2005, la página de autor “Sor Juana Inés de la Cruz” de la página virtual Miguel de Cervantes Saavedra, donde tiene también su propia página desde 2006.

Entre sus obras destacan “Las genealogías” (1981), “Síndrome de Naufragios” (1984); “De la amorosa inclinación a enredarse en cabellos” (1984); “Apariciones” (1996); “El rastro” (2002); “Las genealogías” (2006); “Saña” (2007); “México: el derribumbe” (2010), entre otras.

Su más reciente obra es “La cabellera andante” (2015), un ejemplar en el que se recopilan los textos que la escritora publicó entre 1977 y 1979 en periódicos y revistas como “Unomásuno” y “Zona Franca”.

A lo largo de su trayectoria ha recibido varias distinciones entre las que destacan: Premio Magda Donato por Las genealogías en 1982, Premio Xavier Villaurrutia por Síndrome de naufragios en 1984, el Sor Juana Inés de la Cruz en la FIL de Guadalajara por El rastro. Premio Nacional de Ciencias y Artes en el área de Lingüística y Literatura en 2004; Medalla Sor Juana de la UNAM en 2005.

En reconocimiento por su compromiso con las letras la Universidad Autónoma Metropolitana le concedió el grado de doctora honoris causa en 2005, la Universidad Autónoma de Nuevo León en 2010 y la Universidad Nacional Autónoma de México en 2011.

Además, la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes rindió homenaje a la escritora de inagotable curiosidad y gran espíritu crítico con la creación de la Biblioteca de Autor Margo Glantz, en la que se reúnen imágenes, audiciones, textos de y sobre la escritora.

ad pēdem literae

El sabio no dice todo lo que piensa, pero siempre piensa todo lo que dice.

Aristóteles

Letras de  
buen humor

Soportaría gustosa una docena más de desencantos amorosos, si ello me ayudara a perder un par de kilos.

Colette

Oscar G. Baqueiro

## El Transiberiano

Esta vía férrea es la más larga de nuestro planeta. Se inició con el zar Alejandro III, tardó cosa de 20 años en su construcción y se concluyó en 1904 con Nicolás II Romanof. Tiene 9000 Kms. de extensión, de Moscú a Vladivostok, con extensión posterior a Manchuria. Los materiales de construcción no fueron de la mejor calidad por lo que el mantenimiento es muy alto y en la actualidad se maneja como un atractivo turístico como actividad primordial.

Sin embargo esa historia está muy relacionada con la primera guerra internacional del siglo XX, la ruso-japonesa que puso al Mikado en nivel de potencia militar y política. La guerra fue breve, duro menos de un año y la ganó Japón. Este conflicto todavía está abierto para mayores estudios, pero precipitó el fin de la dinastía gobernante en Rusia por 300 años.

Si el ferrocarril abreviaba distancia y



El Teatro Nacional

tiempo, el conflicto se resolvió vía marítima pues, el movilizar la fuerza naval rusa hasta Japón fue un movimiento

largo y difícil. Port Artur cayó en poder nipón en febrero de 1905 y poco después en Moscú hubo en el domingo de pascua

un estallido social por el descontento general con Nicolás II y que fue un claro anuncio de la revolución de otoño en octubre de 1917, por demás conocida.

Aunque parezca exagerado señalarlo, esta victoria japonesa alentó al imperialismo japonés y su expansión política geográfica consecuente, expresado en el famoso ataque a Pearl Harbor el domingo 7 de diciembre de 1941 y que mueve a los Estados Unidos de América a contestarlo con la Guerra del Pacífico, ampliando así el marco de la II guerra mundial, perdido por los japoneses.

Esta colaboración intenta mostrar la interconexión de muchos hitos de la historia donde no suceden casualidades. Todo tiene un qué, un porqué, un cuándo, un cómo, un dónde, un para qué. La ingeniería del transiberiano, gran logro moderno, fue parte de un total mucho más grande dentro de un entorno que ahora, a buena distancia temporal, hace sentido.